

En pleno campamento

¿También aquí?, ¿también entre la muchachada, alegre y bulliciosa, que huye de la ciudad todos los veranos para buscar en el campo más luz, más aire, más descanso, más espiritualidad, ejerce su apostolado la Alianza?

Pero ¿no habíamos quedado en que la Alianza no hace nada? Así lo han creído quienes, sólo con un conocimiento muy superficial y muy imperfecto de nuestra Obra, lo han afirmado repetidamente; cuando la verdad es -y los hechos que en esta serie de hojas referimos, lo vienen demostrando- que la Alianza, unas veces en privado y en el radio de acción de cada hermanita, otras veces más

a la vista, actúa, y se mueve, y lleva el fuego de su apostolado hasta los más diversos sectores, hasta donde parece que a una virgen del Señor no le convendría intervenir.

El caso que, a renglón seguido, exponemos, demostrará que tales circunstancias pueden presentarse, en las que la aliada no tenga más remedio que verse, y entonces deba desplegar serena y prudente, pero también decidida y valerosa, su celo apostólico, siempre buscando el TRIUNFO DE LA PUREZA por amor al Esposo Divino.

Se alza el telón

Es un campamento de Juventudes, y en él un joven Sacerdote que acaba de salir de una Universidad, pletórico de salud, con vasta cultura eclesiástica y ardiente celo sacerdotal, y que, para no estar ocioso durante todo el verano, acepta la delicada misión de Capellán en una Estación Preventorial del Frente de Juventudes de Valdeavellano de Tera.

Allá se va, el día fijado, con la santa ilusión de hacer mucho bien a una alegre sección de 65 jóvenes, los cuales también llevan la de pasarlo anchamente, en plena vida de campo. Vida de reposo, vida de aires sanos, atendiendo (pues a eso van) a la salud del cuerpo y al refocilamiento del espíritu.

Todo está perfectamente organizado, bajo la vigilancia de los respectivos mandos, órdenes de su jefe, cuidados del Sr. Capellán y asistencia médica de tres Srtas. enfermeras.

Un personaje extraño

A poco de iniciar aquella vida campestre, comienza a llamar la atención de nuestro joven Capellán la conducta de una de aquellas. Porque esa joven no vive al ritmo de las demás. Aunque trata de disimularlo, el plan y orden de su vida la descubren, sin que con ello pretenda, ni muchísimo menos, desdorar en lo más mínimo la correctísima conducta de las otras dos enfermeras.

Su piedad, su asistencia continua a la Capilla, el perfecto cumplimiento de sus deberes profesionales, la seriedad de su conjunto; su encantadora modestia, su exquisita finura y correctísimo trato con toda aquella muchachada, su encantadora alegría que atrae y convida a todos a ser delicados, honestos y buenos, insensiblemente la destacan tanto que todo el mundo nota en ella algo especial.

En suma, que el Sr. Capellán va de asombro en asombro, y se resuelve a salir de aquel misterio, buscando la razón y el secreto de aquella vida que se desarrolla tan edificante, perfecta y santa ante sus ojos, en un Campamento de 65 muchachos.

Al abordaje

-Señorita, dice un día el joven Capellán a la piadosa enfermera, si no es indiscreción, ¿querría Vd. decirme el porqué de la vida que voy observando en Vd. día por día, en todo el

tiempo que llevamos aquí? Porque no me cabe duda que esa vida encierra algún misterio...

La humilde enfermera, de plano y sin rodeos, confiesa al Sr. Capellán, sencillamente su condición de hermanita de la Alianza, cuyas consignas son llevar los valores espirituales de virtud y perfección hasta estos extremos.

-Me basta, le responde el sacerdote; ya he conocido la Alianza, leyendo lo que ella es en un libro viviente.

Y una vez concluida la temporada, el joven Sacerdote escribe al Director de la Alianza la carta siguiente:

Sr. D. Antonio Amundarain.- Madrid.

Muy estimado en el Señor: Le envió unas notas acerca de una hermanita de la Alianza, cuya vida ejemplar presencié durante mi estancia en la Estación Preventorial del Frente de Juventudes de Valdeavellano de Tera.

Puede usted disponer de ellas según crea oportuno y con toda libertad...

Las notas dicen así:

Una hermanita de la Alianza actuando

«Por encargo del Sr. Obispo voy a la Estación Preventorial del Frente de Juventudes de Valdeavellano de Tera. Además de los Mandos, tres enfermeras atienden diligentemente a las necesidades de 65 acampados.

»Una de ellas se destaca ya a primera vista por su sencillez y modesta elegancia en el vestir; lleva pendiente del cuello una medalla de plata...

»Antes de llegar yo al Preventorio, consiguió permiso para ir cada día prontito a la Iglesia parroquial, un tanto distante del Preventorio.

»Allí oía la Santa Misa y comulgaba de manera edificante, para dedicarse luego a sus

ocupaciones profesionales. Así mismo lo hizo después en la Capillita a que asistían los flechas.

»Desde el primer día (ha estado cuatro meses en el Preventorio) supo situarse de tal manera que, cumpliendo exquisitamente todos sus deberes, jamás toleró una broma o chiste que no estuviera a tono con la virtud angélica; pero lo bueno del caso es que, cortando con carácter tales intentos, al mismo tiempo se granjeaba la simpatía de todos, rodeándose de una especie de veneración reverencial.

»Su caridad con todos era proverbial e igualmente su espíritu de sacrificio; sus conversaciones apostólicas con los acampados llegaban muy al corazón de estos muchachos que palpaban la grandeza de la vida santamente alegre.

«Soy feliz cuanto se puede ser en la tierra, me dijo alguna vez: he encontrado en la Alianza mi camino, el camino que Dios me tenía trazado; y rebosaba de satisfacción,

pensando en que iba a tomar ya el crucifijo.

«Por las tardes nunca omitía su visita a Jesús Sacramentado en la Iglesia Parroquial; su ejemplo arrastró a alguna joven del pueblo que con ello se sentía feliz, desterrando la soledad del Sagrario.

«Resumen: Conducta ejemplar;
Alegría santa y piedad edificante;
Cumplimiento exacto de los deberes profesionales;
Con espíritu de caridad y de sacrificio».

Apostilla

Estos son el fermento y la levadura de la vida evangélica, cristiana y santa, que la Alianza quiere llevar a todas partes, sean campamentos o escuelas, talleres o fábricas, Sanatorios u Hospitales.

Es voluntad del Santo Padre, que en sus inmortales documentos nos la va record recordando. Para esto ha creado la Iglesia los Institutos Seculares.

Y, como ésta, tantas otras...

¿Os acordáis de la aldeanita (os hablábamos de ella en nuestro número anterior), sirviente en tiempos que no eran de recolección, y reclamada en ellos por sus familiares para que les ayudase en las labores del campo?

Pues colocad junto a ella a esta otra criadita, y a aquel otro Centro, y...

Pero, dejémonos de más exordios y entremos ya en materia.

Una criada

Se entrega al descanso, dadas las *doce*; ladrillo que limpia y escobada que da, acto de amor que realiza. Las cosas que hace, no son a sus Señores, sino a Dios. Y cuando le mandan, es Dios quien manda. A las *cinco* de la mañana, en todo tiempo, la tenéis en oración

dentro de su aposento hasta las seis, que arregla la casa, bien temprano por cierto, a fin de poder luego acudir a la Misa que más fácil le sea y comulgar en ella.

Ahora es un Centro

Bulle el pueblo en continuo movimiento por las callejuelas; entre barcas, caballitos, cadenas y la ola, ¡vaya estrépito que se produce! Alguien ha lanzado una consigna que, de boca en boca, ha llegado a oídos de todas las hermanitas: héla aquí. «En estos días de feria, mientras la gente anda con este desenfreno y en los que tantas ofensas recibe el Señor, nosotras vamos a tener Hora Santa todas las noches». Y a la hora en que la gente se echaba a las calles, ellas iban al templo (el Sr. Cura les daba las llaves con gusto) y allí se estaban junto al Sagrario, dando calor y consuelo y alegría, al que otros estaban ofendiendo.

Alguien pensará, que es mejor apostolado estar en medio de esas calles y de esa gente, santificando el ambiente. ¡Bueno! ¿Pero me discute alguno del apostolado hermoso, hermosísimo que estas almas están haciendo en su Parroquia, junto a su Sagrario?

Lamparitas luciendo

A cierto Párroco le encomienda el Sr. Obispo una tanda de Ejercicios. «Somos miembros, dice a las hermanitas, del mismo cuerpo Místico, y habéis de ayudarme».

Y ya tenéis en marcha la cadena, como los aviones de García Morato. Hay oración y sacrificios á mansalva; y que no se le ocurra al bendito del Párroco, decir que aquello va mediano, porque entonces ¡adiós pellica!».

«Tanto nos cuestan estas cosas, que sólo el amor a Dios nos puede mover a hacerlas», me decía en cierta ocasión, sonriente, una hermanita. «Por Dios. hay que decirle al Sr. Obispo, que no le deje a V. dar

Ejercicios en verano, porque no quedamos una».

Mas, como la virtud es contagiosa, a esta cadena cooperan hasta ciertos padres de hermanitas; pues, si a algunas les toca tener que ponerse en oración a altas horas de la noche, no faltará padre que se levante-y eran las dos de la mañana-para avisar a su hija que le ha llegado la hora de hacer turno.

Y no hay que decir nada de las niñas de la Escuela de Jesús, porque éstas sí que son hermosos eslabones de la cadena. Sus horas, es verdad, serán siempre de día; pero nunca se quedan sin cubrirlas.

«¡Hay que ir a Dios. y desde niños, mejor!» Así piensan también las celosas encargadas de su formación. Y a fe que no se equivocan...
